

El pasado dieciocho de diciembre concedieron el premio Cervantes, el más importante de carácter literario en lengua castellana, a este conocido académico y dramaturgo. Antonio Buero Vallejo es un hombre sencillo y de trato agradable. Aunque, en principio, parece persona de pocas palabras, es un ameno conversador cuando se inicia con él un tema sugestivo, sobre todo, si está relacionado con el mundo de las Letras. Yo le tengo admiración, desde hace bastantes años, por la hondura de ideas que impregna a sus variadas obras, unida a la calidad teatral más exigente. Desde el



primer momento, me percaté de que era un clásico instalado en nuestra época. Y temí que, por esto mismo, pudiera fracasar comercialmente, dado que los gustos y preferencias del público, con tantas dosis de veleidad y frivolidad, eran en nuestro momento otros. Afortunadamente, no ha ocurrido así y hasta se le han reconocido sus méritos, que, en España, esto no es poco.

La savia de los clásicos, con sus esbozos y planteamientos de doctrina, no puede morir nunca. Y si ésto aconteciera, sin duda, sería la ruina cultural de un país. Y alimentado de este sustancioso elemento (que contiene nada menos que las varias veces milenaria sabiduría de la Humanidad, aplicada a cada época con su correspondiente adaptación), surge, de vez en cuando, un literato que, con este formidable factor creador, da vida a sus obras con la maestría y genialidad que él aporta. Y éste es el caso de Buero Vallejo, que tiene mucho, muchísimo de filósofo y humanista, con sendos afanes de investigar y exponer los graves problemas que afectan al hombre en el devenir histórico, con la esperanza de que algún día llegue una posible solución para esta pobre Humanidad atormentada, siempre dando tumbos al borde del abismo o la tragedia. Buero Vallejo